



A un siglo de la muerte de Lucio V. Mansilla

Miguel Ángel De Marco^(*)

Lucio V. Mansilla, de cuya muerte en París se cumplieron cien años el 8 de octubre, fue uno de los argentinos más destacados de su tiempo. Poseía las cualidades necesarias para distinguirse en un medio donde el ingenio, el coraje y cierta dosis de audacia eran valorados de manera especial, aunque no faltaran quienes lo considerasen estafalario, altanero y, entre sus camaradas de armas, digno de ser despachado de este mundo por un pelotón de fusilamiento. Ello, porque rompía frecuentemente los moldes, por diversión o de manera inconsciente. El calificativo de “loco lindo” que se le prodigaba tenía distintos significados entre sus contemporáneos, y oscilaba desde la simpatía acompañada de un secreto anhelo de emulación, hasta el rechazo

bajo el calificativo de frívolo e irresponsable. Pocos comprendían que para él era tan natural pasearse por las calles porteñas de levita y pantalones de fantasía, como galopar por la pampa con quepis requintado, toscas bombachas de montar y botas de acordeón, para alcanzar las tolderías ranqueles y abrazarse con el cacique Mariano Rosas; sentarse en el parisino Café de la Paix a la salida de la Ópera, con el objeto de contemplar con aparente displicencia a las elegantes francesas; u observar divertido una disputa entre malevos en los suburbios porteños.

La expresión criolla “hijo de tigre” se le aplicaba plenamente. Su padre, el general Lucio Norberto Mansilla, había demostrado

(*) Doctor en Historia. Presidente de la Academia Nacional de la Historia. Ciudadano ilustre de Rosario.

(1) ELISABETTA PAGLIARULO, 200 años de bibliotecas populares en Argentina. “El desafío permanente de Educar al soberano. En revista “Rosario, su historia y región”, Número 88, agosto de 2010.

a lo largo de su existencia que podía ser un soldado valiente en las batallas de la independencia y en la Vuelta de Obligado; gobernante progresista de la “República de Entre Ríos”; político camaleónico en los tiempos de Rivadavia y de su cuñado Juan Manuel de Rosas; mentor del saber, aptitud de la que se beneficiaron sus propios hijos, en especial Eduarda y Lucio Victorio; cortesano en los modestos salones porteños y en el palacio de las Tullerías. En cuanto a su madre, Agustina Ortiz de Rozas, “la mujer más bella de Buenos Aires”, veintiséis años más joven que su esposo y hermana del Restaurador, le transmitió el temple de la rama femenina de su familia y el porte de la masculina.

LAS PRIMERAS EXPERIENCIAS DE LA VIDA

Lucio Victorio Mansilla nació en Buenos Aires el 23 de diciembre de 1831. Fue un niño independiente y bastante díscolo. Le costó el aprendizaje acartonado y escaso que brindaba por entonces la ciudad del Plata, por lo que cambió varias veces de escuela. En definitiva, fue un autodidacta. Sus padres decidieron que se dedicara al comercio y lo emplearon en la casa de Adolfo Mansilla y Compañía, con el encargo de llevar los libros de contabilidad. La tarea le pareció monótona. De pronto, halló un motivo de absorbente atención: tenía 16 años cuando se enamoró de una joven modista, Pepita, hija de inmigrantes franceses, que trabajaba en una tienda de gorras mientras su madre regenteaba un hotel de la calle San Martín.

Ambos pensaron, con razón, que para la época su amor sería imposible, y planearon fugarse a Montevideo en una barcaza que alquiló Lucio. Pero un amigo descubrió la trama, Pepita fue internada en un convento y Mansilla estuvo en la cárcel pública para escarmiento hasta que fue devuelto a su casa. Sus argumentos no ablandaron a doña Agustina, quien no sólo le exigió disculpas sino que ordenó que le entregase la ardiente correspondencia y el retrato de su enamorada. No aceptó y fue “desterrado” a la estancia de su tío Gervasio, en el Rincón de López, próxima a la bahía de Samborombón.

Por una coincidencia, su futuro comandante en jefe durante la guerra del Paraguay, Bartolomé Mitre, cuando era adolescente había sido puesto al cuidado de don Gervasio por su padre, para que lo adiestrara en las cuestiones rurales; pero aquél lo devolvió bajo el cargo de que se apeaba de su caballo donde veía un árbol con el fin de enfrascarse en la lectura, en vez de aprender a enlazar y bolear.

Lucio, inquieto y tal vez aburrido, fue una vez de visita al establecimiento de su tío Prudencio, y allí conoció y se enamoró de su prima Catalina, con la que se casaría años más tarde.

Regresó a Buenos Aires, pero debió inquietar de nuevo a doña Agustina, puesto que lo envió con su padre, para que trabajase en su saladero ubicado en las cercanías de San Nicolás. El general había ofrecido poco antes una heroica resistencia a la escuadra anglo-francesa en Obligado y desde las barrancas de San Lorenzo.

Lucio hijo leía sin cesar los libros de su progenitor. Un día, al verlo con *El Contrato social* de Juan Jacobo Rousseau entre las manos, el veterano soldado le dijo, mientras paseaban por

la galería de su casa nicoleña: “-Por supuesto que tú piensas seguir viviendo en este país...”. “-Tatita [contestó], ayer me ha preguntado usted eso mismo y yo no entiendo”. El guerrero respondió tajante: “-Mi amigo, cuando uno es sobrino de don Juan Manuel de Rosas no lee *El Contrato Social*, si se ha de quedar en este país; o se va de él, si quiere leerlo con provecho”.

ANDANZAS POR LA INDIA, EGIPTO Y EUROPA

Hizo caso y aceptó de buen grado el encargo de comprar mercaderías en un viaje por la India, aunque la operación finalmente no se concretó. Como llevaba suficiente dinero, recorrió países de Oriente y Europa; y para rematar el conocimiento de civilizaciones remotas y entonces exóticas, se dio un baño de paseos y diversiones por Londres y París.

Volvió a su tierra en los últimos días del gobierno de su tío Juan Manuel, quien pese a la inminencia del avance de las tropas de Urquiza que se aprestaban a derrocarlo, actuaba con tal parsimonia que lo recibió luego de una larga espera en la casa de Palermo. El joven ardía de enojo interior a pesar de los pedidos de paciencia de Manuelita. El gobernador le leyó su largo mensaje a la Legislatura mientras lo obligaba a comer, uno tras otro, siete platos de arroz con leche; hecho que dio lugar a uno de sus relatos más notables y divertidos.

Poco después de la caída, el general Mansilla, jefe de las fuerzas defensoras de la plaza, que por estar constituidas por inválidos y vigilantes viejos no habían podido contener los desmanes de los dispersos, se embarcó hacia Europa. Lo acompañaron sus hijos Lucio Victorio y Lucio Norberto, quien no tardaría en suicidarse frente a tres mil atribuladas personas en la Plaza de Mina, en Cádiz. Pudo intentar, como muchos, acercarse al general vencedor de Caseros, pero prefirió alejarse, teniendo en cuenta que si había sido diputado unitario en tiempos de Rivadavia, también era cuñado del dictador porteño.

Partió al Viejo Continente en el mismo buque en el que viajaba Domingo Faustino Sarmiento, quien se había enemistado con el general Urquiza por el restablecimiento del cintillo punzó, manteniendo gratas conversaciones con el sanjuanino volcánico. En cambio, su hijo Lucio Victorio tuvo un violento altercado con el *boletín* del Ejército Grande, al punto de pedirle satisfacciones en el campo del honor.

El general Mansilla llevaba, como Prudencio Ortiz de Rozas, su bolsa repleta de dinero, y contaba con el respaldo de una considerable fortuna. Perseveraría, pues, en su afición por los convites y por relacionarse con la sociedad de los países que visitara. Tenía la idea de instalarse en París, mientras durase su exilio, al que no había querido acompañarlo doña Agustina, incapaz de afrontar un prolongado viaje y de dejar por largo tiempo a su amada Buenos Aires. En la capital francesa, la casa del antiguo oficial de San Martín fue centro de una activa vida social. Frecuentó su casa, entre otras personalidades, una joven interesante y graciosa, bellísima para el gusto de la época: Eugenia de Montijo, condesa de Teba, a quien Mansilla había conocido en la casa del plenipotenciario de Chile, Rosales. La amistad entre el veterano guerrero y la futura emperatriz de los franceses creció vigorosa y entrañable, máxime cuando el ge-

neral, luego de un baile en las Tullerías, presidido por el propio Napoleón III, le había pronosticado, con entonación hispana: “Mira, chica, si te andas con tiento, el franchute este caerá en el garlito”. De más está decir que a partir de entonces Eugenia redobló su gracia y salero, decidida a conquistar al emperador...

Éste manifestaba admiración y respeto hacia Mansilla. Contemplado al llegar con cierta indiferencia por la aristocracia francesa, bastó que el soberano hiciese notar su afecto para que se le abrieran los salones. A medida que Luis Napoleón acentuaba su deferencia, aumentaban los convites. “Aquello había llegado a ser insoportable”, según recordó muchos años más tarde su vástago ilustre.

El emperador acentuó su interés por “la española”, como la llamaban con cierto despecho las damas de la corte; y como Mansilla era “uña y carne” con la condesa, según expresión de su hijo, Napoleón oyó con entusiasmo los elogios que aquél prodigaba a las virtudes y belleza de “la de Montijo”. En efecto, recuerda Lucio Victorio en *Entre Nos* que la injerencia “del general americano en el imperial desposorio sería una página tan interesante como curiosa, a la vez que daría la medida de la extraña influencia que en todas partes y en ciertas regiones sociales suelen tener los extranjeros de talento o sin escrúpulo, influencia intélope, sutil y raramente platónica, que fue el caso de mi padre”.

DESTERRADO EN LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA

De regreso en Buenos Aires (agosto de 1852) tras una visita a Rosas refugiado en Southampton, padre e hijo retomaron sus actividades sociales. Renació el romance de Lucio V. con su prima Catalina, con quien contrajo enlace el 18 de septiembre de 1853. Un año después nació su primer hijo, Andrés Pío. Por entonces, el joven Mansilla escribió su diario de viaje *De Adén a Suez*, que inició tibiamente su marcha por la senda de las letras.

Pero a mediados de 1856, el exacerbado sentido del honor que lo había llevado a retar a duelo a Sarmiento, lo conduciría a un nuevo incidente, esta vez con el senador José Mármol, a quien, en pleno Teatro Argentino, tildó de vil calumniador y reclamó una satisfacción por las armas, imputándole que en su ya célebre novela *Amalia* había ofendido a su familia. El público censuró su destemplada actitud a gritos; y Mármol, con tono sereno, expresó que Mansilla había querido dar un espectáculo público y que si hubiese ido a su casa para echarle los guantes, él le hubiera tirado las botas.

Conversaba con amigos fuera de la sala cuando lo detuvieron unos vigilantes por orden del jefe de policía. Respondió a las crónicas de los principales diarios desde la cárcel pública, pero debió cumplir la severa sanción de la Cámara de Justicia que lo condenó a tres años de destierro. Felizmente para él, no debió irse muy lejos para cumplir la orden y estar próximo a su familia: bastó con penetrar al territorio de la Confederación Argentina, de la que el ahora Estado de Buenos Aires se había separado el 11 de septiembre de 1852. En Paraná hizo rápidamente relaciones e intimó con los representantes diplomáticos acreditados ante el gobierno del presidente Urquiza y con otros militares y civiles extranjeros.

Por entonces, Mansilla ya ostentaba orgulloso su larga barba y su melena. El gobernador santafesino Juan Pablo López, al verlo por primera vez en la capital de la provincia, aquel mismo año 1856, antes de encomendarle la dirección del periódico oficialista *El Chaco* preguntó admirado: “¿Quién es aquel profeta?”. La hoja tuvo corta vida (de enero a principios de marzo de 1857), y no han llegado ejemplares a nuestros días.

Instalado luego en Paraná, Lucio fue secretario del vicepresidente de la Confederación, Salvador María del Carril, de quien dejó una ácida semblanza en *Retratos y Recuerdos*, que le acarreó la animadversión de su familia.

Se hizo cargo a mediados de 1857 del periódico oficial de la Confederación, *El Nacional Argentino*, y al año siguiente fue elegido diputado suplente, “alquilón”, es decir ni nativo ni residente, por Santiago del Estero. Había llegado a Paraná con cinco pesos en la faltriquera, pero para entonces era un próspero periodista que daba convites en su hermosa finca con vista al río.

EN LAS LUCHAS POR LA ORGANIZACIÓN NACIONAL

Finalmente, venció el plazo de su condena y volvió a Buenos Aires, cuando ya había ocurrido la batalla de Cepeda, en que Urquiza venció a Bartolomé Mitre (23 de octubre de 1859), y había asumido el nuevo presidente de la Confederación, doctor Santiago Derqui. Se hizo cargo de la redacción al diario *La Paz*, que comenzó a aparecer el 19 de noviembre de 1859, en el que abogó por la ética y la grandeza en la política. Luego se desempeñó como activo y eficiente secretario de la Convención Reformadora de la Constitución Nacional, reunida en Santa Fe en septiembre de 1860 para considerar los cambios propuestos por Buenos Aires tras el Pacto de Unión Nacional.

El 17 de septiembre de 1861 peleó en las filas del ejército de la provincia en la que había nacido y a la que tanto había combatido desde Paraná. Su fama de jugador, su indumentaria estridente y su afán exhibicionista no parecían condecir con la severidad militar. Así, a los 33 años, apenas lucía las insignias de capitán. A la misma edad, su padre había sido gobernador de Entre Ríos y estaba a punto de ganar los entorchados de general como corolario de una brillante carrera. Verdad es que Lucio Victorio vivió épocas poco propicias, pero no menos azarosa había sido la existencia de Lucio Norberto, su progenitor.

Sin embargo, ocupó pronto un lugar en la vida política y cultural porteña, y entre otras muchas actividades tradujo junto con Domingo Fidel Sarmiento, hijo del ahora designado embajador en los Estados Unidos, don Domingo Faustino, la difundida obra *París en América*, de Laboulaye. También vertió al español obras de Vigny y Balzac.

Una vez, de visita en la modesta casa de su íntimo amigo Nicolás Avellaneda, jugaron a cara o ceca quién se presentaría a la titularidad de Economía Política en la Universidad de Buenos Aires. Claro que el tucumano poseía una sólida formación sistemática, y el porteño de memoria feliz recordaba las lecturas al respecto realizadas en Paraná, en la biblioteca del vicepresidente del Carril.

Polifacético, en mayo de 1864, subió a escena en el Teatro



Victoria de Buenos Aires su obra *Una venganza africana*, melodrama romántico que obtuvo un éxito extraordinario; y, en octubre del mismo año, se estrenó su comedia *Una Tía*. Creó un círculo de aficionados a las letras, que agrupó, por sobre las diferencias políticas, a Valentín Alsina, Nicolás Avellaneda, Eduardo Wilde, Estanislao del Campo, Carlos Guido y Spano, Pastor Obligado y José Manuel Estrada, entre otros.

LA GUERRA DEL PARAGUAY

Mansilla, al que apreciaba el ya presidente Bartolomé Mitre, influido por su hermano el general Emilio Mitre, pero a quien no lo quería el ministro de Guerra, general Juan Andrés Gelly y Obes, que lo consideraba “una mala cabeza”, recibió con alborozo el nombramiento de segundo jefe del batallón 12 de Infantería de Línea, de nueva creación. Intuyó que cambiaba su existencia cuando, el 24 de agosto de 1865, venciendo la resistencia de Gelly, se le otorgaron las insignias de mayor.

Chispeante, generoso, conversador incansable, lector de fácil memoria, era, al decir de Sarmiento en *Vida de Dominguito*, el “mentor y guía” de la brillante oficialidad de su batallón. Tan bien se encontraba Mansilla en la carpa de don Bartolo —que había dejado los asuntos de Estado para enfrascarse en los no menos serios de la organización de un ejército, al que el veterano coronel Chenaut llamaba “montonera con música”—, como en los bailes de tropa que él mismo animaba sin descanso. “Lucio Mansilla [escribía el capitán Francisco Seeber] es un

hombre lleno de talento y de espiritualidad; pocos han leído y han viajado tanto como él. De figura bella y arrogante, es afortunado en la vida social, y no le han faltado lances personales de los cuales salió siempre airoso. Nos invita frecuentemente a reuniones entretenidas, proponiendo charadas, adivinanzas, y haciendo que algunos de sus soldados canten, acompañados de la guitarra, canciones populares. Las comidas a que nos invita son, generalmente, preparadas y dirigidas por él mismo, y a veces me parece que nos encontrásemos en la ‘Maison Dorée’. Habrás leído sus correspondencias, que son un poco mejor que mis apuntes. Se publican allí con el seudónimo de *Tourlourou*, que significa en francés *soldat de ligne ô bon enfant, genereux, courtois, déluré, intrepide et voluptueux*, y los atributos de esta definición los tiene sin disputa nuestro simpático amigo.”

Precisamente, ese asiduo quehacer periodístico, que no le hacía descuidar sus funciones de segundo jefe y después comandante del 12 de Línea, terminó por ganarle definitivamente la antipatía del general Gelly, quien, a medida que el ejército se internaba en territorio enemigo, aborrecía más las cartas que Mansilla dirigía a *La Tribuna* también con el seudónimo de *Falstaff* y con referencias poco favorables a su desempeño y al del propio generalísimo. Éste no se molestaba por las opiniones de su subalterno, que por otra parte no era el único que enviaba “correspondencias” desde el teatro de las operaciones. Según Enrique Popolizio, Mitre creía que ni aun las consideraciones jerárquicas o los mandatos del secreto militar podían privar del derecho individual de escribir a los miembros del ejército. En cambio, Gelly y Obes le confiaba a su esposa Talala: “Yo he dicho varias veces y en presencia de varios que es un traidor y que si fuese general en jefe, no escribía o dejaba de mandar en el Ejército. Todo lo echa a la chacota y a la broma, siguiendo cada vez más insensato en su modo de apreciar los sucesos y nuestras cosas”.

Árbitro de la elegancia y hasta, diríase, de la excentricidad, los oficiales jóvenes querían ataviarse como Mansilla en el campamento y en la batalla. Todo salía, por supuesto, del bolsillo de sus padres y allegados, porque las arcas de la comisaría de campaña estaban siempre exhaustas.

Creía Mansilla —y con él sus subalternos— que la capa blanca era insuperable para los intensos calores del Paraguay, y no menos útiles las gorras tejidas de fino hilo. La cabellera, la “barba de profeta”, todo era para él imprescindible y, para los demás, objeto de imitación.

Buen amigo, todo lo compartía. El capitán Sarmiento, siempre escaso de recursos, le hacía saber a su madre: “Mansilla, a quien comuniqué la situación en que nos encontrábamos, me ofreció una cantidad de dinero disponible que él tiene en Buenos Aires, y que yo acepté. Yo no necesito un solo centavo aquí, porque hacemos una bolsa común con Mansilla que es verdaderamente suficiente”. Amaba a su batallón; se identificaba con sus hombres: “Yo sentía la muerte de todos mis soldados como se siente la separación eterna de objetos queridos”.

Pero era incansable e inflexible en el servicio y valiente hasta la temeridad. Le asignaron reclutas cuyanos y enganchados extranjeros de armas llevar; y los convirtió en “veteranos como tabla”, dispuestos a honrar “el número” de un cuerpo que no

registraba, como los otros de línea más antiguos, tradiciones gloriosas. Iba siempre al frente en las descubiertas y no escatimaba el peligro; incluso lo buscaba con gesto teatral: “Cansado de contemplar desde mi reducto de Tuyutú todos los días la misma cosa; las mismas trincheras paraguayas, los mismos bosques, los mismos esteros, los mismos centinelas [...] me subía al merlón de la batería, daba la espalda al enemigo, me abría de piernas, formaba una curva con el cuerpo y, mirando al frente por entre aquellas, me quedaba un instante contemplando los objetos al revés. Es un efecto curioso para la visual”. E irritante para los valientes adversarios que hacían puntería –sin éxito para bien de Mansilla– sobre tan singular blanco. O preparaba una emboscada junto al bravo capitán Eduardo Racedo, ordenando no disparar un tiro y ganar el triunfo a la bayoneta.

En la sangrienta batalla de Boquerón dejó la traza indeleble de su valor; y en Curupaytí, José Ignacio Garmendía e Ignacio Fotheringham lo vieron retirarse lentamente, como esperando la muerte que se había llevado a Dominguito; chorreando sangre por una herida, luego de haber llevado un mensaje desde lo más recio del fuego hasta el cuartel general. Así quedó para la historia en los clásicos libros que uno y otro escribieron.

Después de Curupaytí ascendió a teniente coronel graduado –Mitre pidió su promoción y el vicepresidente en ejercicio, Marcos Paz, argumentó que ya se lo había premiado suficientemente nombrándolo mayor graduado y más tarde efectivo–; y se le ordenó concurrir con el 12 a sofocar la rebelión de las provincias de Cuyo, pero llegó tarde para participar en la decisiva batalla de San Ignacio. Regresó al Paraguay en agosto de 1867, estuvo en la segunda acción de Tuyutú y en Humaitá, y acompañó al general Emilio Mitre en su comisión a Corrientes –ya como coronel graduado– para sofocar la rebelión del general Cáceres. Apasionado por la política, venía realizando activas gestiones en el Ejército para auspiciar la candidatura presidencial de Domingo Faustino Sarmiento, a quien lo ligaba la memoria amada de Dominguito. Logró su propósito, y si el triunfo de su “pollo” no le ganó la cartera de Guerra, a la que, según Augusto Belín, aspiraba con fervor, lo salvó de las serias consecuencias de un incidente con el proveedor del Ejército, Carmelo Rosende, a quien sentó de una cachetada, mediante su nombramiento en calidad de comandante de la Frontera Sur de Córdoba con asiento en Río Cuarto. Mansilla asumió el 16 de enero de 1869.

COMANDANTE DE FRONTERA

Contaba 37 años. Sus nuevos subordinados, en su mayoría jefes y oficiales “de fila” con escasos estudios, se encontraron de pronto con un superior que estaba en pie a las cuatro de la mañana y les exigía constantemente informes sobre distintos asuntos para volcarlos en montañas de documentos que dirigía al ministro de Guerra y Marina. Martín de Gainza, azorado por tanta dedicación, le escribió el 7 de mayo de 1869 al superior directo de Mansilla, el comandante general de las fronteras de Córdoba, San Luis y Mendoza, general Arredondo: “No tengo ni el coraje ni el tiempo para contestarle a sus cartas, protestas, informes, planos, etcétera, etcétera”.

Y el antiguo amigo del coronel, Santiago Estrada, que lo visitó

de paso para Chile, dejó un pintoresco boceto de la comandancia de Río Cuarto, de su jefe y del mundo que lo rodeaba. Lo encontró en una habitación cuyas mesas estaban cubiertas de planos y de libros. Frente a ellas, dos escribientes, pluma en mano, esperaban sus órdenes: “La actividad de Mansilla es martirizadora para sus amanuenses. Hombre de hierro que no conoce la fatiga, se imagina que sus aláteres son formados de la misma materia. La mirada floja y la actividad desfallecida de los que en aquel momento bendecían mi llegada, daban testimonio del error en que, respecto a sus fuerzas, estaba su buen jefe. La oficina era un maremagnum de gente de todas las profesiones, desde la muy digna del sacerdocio hasta la muy productiva del comercio, encarnada en el honrado y cascarrias proveedor de la guarnición. Le seguían unos indiazos sucios y mal cubiertos; mujeres que le imploraban gracia en nombre de sus cónyuges; viejos desocupados que iban a la caza de noticias, abuelas agradecidas que llevaban al comandante huevos, de tero y avestruz. Mansilla echaba su párrafo con los franciscanos, desesperaba a encargos al proveedor, concedía o negaba amnistía a las mujeres, sorprendía a los buenos viejos con algún episodio que los dejaba boquiabiertos, mandaba a la cocina a las viejas y tenía tiempo para expedir órdenes, escribir la correspondencia oficial, dictar centenares de epístolas y atender al gran pensamiento que le preocupaba: consistía éste en restablecer, en primer lugar, la disciplina, y en segundo lugar, en avanzar la frontera del río Quinto. Se proponía ligar su extrema izquierda con el pueblo de 25 de Mayo en la provincia de Buenos Aires.

Pero su idea de la disciplina era muy singular. Cuando se fugó el comandante O’Gorman, Mansilla, presa del furor, salió a perseguirlo personalmente. Le dio alcance, lo llevó a la comandancia y en presencia de la tropa lo retó a duelo singular. Gainza cerró los ojos frente al incidente.

En otra ocasión, ordenó el fusilamiento de un desertor. Cuando estaba por cumplirse la pena, con los batallones formados en fatídico cuadro, el coronel llegó “a gran galope”, proclamó a los soldados, amonestó al condenado, lo indultó y se retiró entre las aclamaciones de todos.

Actuaba como lo había hecho en el Paraguay, pero la noticia de estos hechos lesionaba la imagen del comandante general de la frontera, del ministro y del propio Presidente.

Concretó la ocupación de las márgenes del río Quinto el 23 de mayo de 1869, para poner en condiciones, concluir o alzar nuevos fuertes y fortines, como parte de un dispositivo de avance que abarcaba las provincias de Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires.

“EXCURSIÓN A LOS INDIOS RANQUELES”

El recién aparecido diario *La Nación*, que dirigía el ex presidente Mitre, a quien había atacado el presidente Sarmiento desde *El Nacional* por cuestiones relacionadas con su gestión, se sumó a las denuncias sobre abusos para con los soldados que guarnecían los fortines. El 5 de enero de 1870 se divulgó una carta firmada por “Varios vecinos de San Luis”, en la que se acusaba a Mansilla de un monstruoso crimen: el fusilamiento, meses atrás, de un pobre paisano sin ninguna forma de juicio y

en presencia de su familia, junto a la carreta en que viajaba con los suyos, acogiéndose al indulto prometido por el jefe militar.

Aunque el gobierno puso en duda la veracidad de los hechos, ordenó un sumario. Mientras tanto, Mansilla, con permiso del general Arredondo, se hallaba entre los ranqueles.

Aparte de su curiosidad y espíritu aventurero que lo empujaban a conocer de *visu* aquel mundo del que tanto había oído hablar desde la niñez, había impulsado el propósito de firmar un acuerdo de paz con los esquivos ranqueles. Mariano Rosas era consciente de su fuerza y no comprendía que el “cacique supremo” de los blancos, el Presidente, necesitara del permiso del Congreso para enviar los víveres y elementos que habían solicitado.

Mansilla había concebido su idea de dirigirse a las tolderías ranqueles, desarmado y con una pequeña escolta, para visitar a Mariano y a otros caciques importantes. Una noche le comunicó su propósito al sacerdote franciscano fray Marcos Donati, alejándose de la escolta para que nadie más se enterara. Las reacciones fueron diversas, pero el coronel dejó a sus fuerzas preparadas para defender la ciudad y marchar *tierra adentro*, si era necesario. Fueron armados y municionados hasta los vivanderos.

Los hombres de la expedición recibieron orden de entregar sus armas, excepto los sables, que fueron colocados sin vainas bajo las caronas. Mansilla y sus ayudantes llevaban solamente revólveres y una escopeta. El 30 de marzo de 1870 partieron hacia las tierras de los ranqueles.

En carta a su jefe, Arredondo, el coronel informó que su comitiva estaba compuesta por dos sacerdotes, fray Marcos Donati y fray Moisés Álvarez; además de un mayor, un ayudante mayor, dos subtenientes, un civil, Camilo Arias, un asistente por persona y seis caballerizos.

Las mulas cargueras transportaban los ornamentos religiosos, las provisiones y los regalos para los caciques. La marcha se vio dificultada por los efectos de lluvias que habían anegado la llanura. Apenas se observaban las rastrilladas, y los guadales eran una fuente de peligros. Uno a uno, fueron superándose los puntos fijados como hitos de la marcha. Los expedicionarios marchaban entusiasmados. Escribiría Mansilla: “Vamos todos alegres como unos niños [...] La felicidad no es una quimera. Hay que atraparla por los cabellos”.

Cuando llegaron a destino, debieron cumplir con el ritual que utilizaban los ranqueles para recibir las visitas de fuste. Mansilla tuvo que abrazar y levantar a cierta altura a todos los caciques y capitanejos, y luego aceptar la oferta de carne de yegua y los “yapai”, brindis interminables que dejaban a todos en profundo estado de ebriedad.

Durante su viaje, que concluyó con la firma de un tratado al que Sarmiento incluyó algunas modificaciones que los ranqueles aceptaron, el espíritu culto y amplio de aquel notable argentino adquirió una idea positiva de los usos, costumbres y razonamientos de sus interlocutores, que pensó transmitir más adelante del modo que mejor conocía: a través del periodismo. Don Lucio ganó admiración hacia Mariano Rosas, cacique que leía el diario en el que Mansilla colaboraba, *La Tribuna*, poseía



un impecable discurso sobre ciertas actitudes de los blancos, y era extraordinariamente hábil en las tareas rurales, que había aprendido cerca del *Restaurador*. A la afirmación del jefe de la frontera acerca de que los cristianos habían hecho hasta entonces lo que habían logrado y harían en adelante cuanto estuviese en sus manos, Mariano le respondió que cuando los blancos habían podido les habían dado muerte, “y si mañana pueden matarnos a todos, nos matarán. Nos han enseñado a usar ponchos finos, a tomar mate, a fumar, a comer azúcar, a beber vino, a usar bota fuerte. Pero no nos han enseñado ni a trabajar ni nos han hecho conocer su Dios. ¿Y entonces, hermano, qué servicios les debemos?”.

Diría Mansilla, en una de sus cartas, acerca de los frutos personales de la marcha a los toldos: “Yo he aprendido más de mi tierra yendo a los indios ranqueles, que en diez años de despentarme leyendo opúsculos, folletos, gacetillas, revistas y libros especiales”.

Cuando volvió a la sede de su comando, luego de apadrinar al cacique Baigorrita, Mansilla se encontró con la desagradable noticia del sumario que había mandado instruir Gainza. Lejos de guardar las formas militares, puso al ministro, según expresión del propio Sarmiento, “de oro y azul”, en una carta “confidencial”, tras explicarle las circunstancias en que había ordenado el fusilamiento del soldado Avelino Acosta, varias veces desertor.

Parecía que pese a tamaña réplica, iba a quedar exonerado de responsabilidad, pero como seguía indignado, dio a publicidad la nota “confidencial” al ministro. Entonces, fue destituido y enviado a la plana mayor pasiva.

Por aquellos días, para agravar más la situación, Sarmiento había recibido notas de los vecinos de Río Cuarto y Calamuchita en la que solicitaban el ascenso de Mansilla a general, por sus servicios en pro de la pacificación de aquellas fronteras. Les res-

pondió de manera fulmínea, adjuntándoles la orden de baja que acababa de firmar.

Hombre de autoridad, el Presidente no soportaba manipulaciones que pusieran en entredicho su condición de comandante en jefe y contribuyeran a la indisciplina de las fuerzas armadas.

MOMENTOS DIFÍCILES

Mansilla, privado de sus sueldos y con la carrera interrumpida, asumió la tarea de escribir un relato de su marcha hacia el desierto, en la forma de cartas para La Tribuna, dirigidas a su amigo Santiago Arcos. Nació uno de los libros más notables de la literatura argentina, destinado a pervivir a través del tiempo y a ser traducido en diferentes idiomas: *Una excursión a los indios ranqueles*.

Por aquellos días, la trágica epidemia de fiebre amarilla de 1871, contra la que combatió en primera línea, le arrebató a su padre y a su hijo mayor, acentuando aún más su sensación de tristeza y frustración. Vería morir más tarde a sus otros dos vástagos, tragedia de la que no podría recuperarse del todo.

La llegada de Avellaneda a la primera magistratura lo devolvió a la vida pública. El presidente lo designó comandante en jefe de las fuerzas armadas movilizadas o que se movilizasen en la provincia de Córdoba, con motivo de la revolución mitrista de 1874. No tuvo ocasión de actuar, pero recibió el cometido de redactar un proyecto de ordenanzas militares que reemplazara a las leyes españolas del siglo XVIII, todavía vigentes.

Aunque en lo personal Mansilla había demostrado con creces su poco apego a ceñirse a la rigidez de las normas militares, era consciente de la necesidad de encuadrar lo que constituía un conglomerado variopinto viciado por la política. En 1863 había escrito un trabajo con el título *Del ejército argentino y bases para el establecimiento de una escuela militar nacional*; en 1871, *Bases para la organización del Ejército Argentino*, y en 1876, no concretada la labor de la comisión, un *Reglamento para el ejercicio y maniobras de la infantería del Ejército Argentino*.

Con el aval de Avellaneda, fue elegido diputado nacional por Buenos Aires en representación del Partido Autonomista por el período 1876-1878. Renunció a su banca para hacerse cargo de la gobernación del Chaco, donde estuvo por breve tiempo.

Curioso empedernido, viajó a Europa, enviado por el nuevo presidente y camarada general Julio Argentino Roca. Allí mantuvo contacto con destacados hombres de letras, se interiorizó de la organización militar de los países más adelantados, escribió sin pausa sus impresiones, se interesó por la frenología, que pretendía descubrir las características de la personalidad mediante la observación de las protuberancias del cráneo, asignándole una precisión casi mágica; se paseó por los bulevares parisenses luciendo exóticas vestimentas y vistió con gallardía el uniforme en las grandes solemnidades de los países del Viejo Mundo.

Al volver, se le entregaron los ansiados despachos de general de brigada, con retroactividad a septiembre del año 1883. A partir de entonces, se convirtió en sólido apoyo de Roca. Pero el 10 de enero de 1885 dio el portazo y le escribió una carta al

presidente, comunicándole que se alejaba de su política. Por los términos de la misiva, que era personal pero a la que el primer mandatario dio carácter público, fue arrestado bajo cargo de desacato en los cuarteles de Retiro. Tal circunstancia fue aprovechada por los enemigos de Roca y la prensa opositora se encargó de darle difusión. *El Diario*, de Manuel Láinez, publicó un reportaje con el título “El general Mansilla en su casa. Una entrevista con él”, que aumentó sustancialmente su tirada. En el mismo número, se reprodujo un artículo del *Courrier de La Plata*, en el que se afirmaba que “el general Mansilla buscó su arresto con el objeto de asegurarse del número de sus amigos; si es así ha podido darse cuenta de las simpatías que despierta, simpatías que se dirigen al hombre de mundo, al caballero elegante, al gentleman”. A punto de dejar Roca el mando, el Partido Autonomista lo llevó nuevamente a la Cámara de Diputados.

VIAJERO INCANSABLE

Escritor empedernido y siempre anheloso de figuración pública, comenzó a escribir en 1888, en *Sud América*, el gran diario fundado Paul Groussac, divertidos artículos semanales de contenido autobiográfico, que tituló *Entre Nos. Causeries de los jueves*, y reunió luego en cinco preciosos tomos. Su modelo era el escritor y crítico francés Sainte Beuve.

Fue diputado en los agitados días de la Revolución del 90, y su fidelidad al gobierno le ganó el grado de general de división. Más tarde, estuvo a punto de ocupar la cartera de Guerra durante el gobierno de José Evaristo Uriburu.

Viajó varias veces al Viejo Mundo para cumplir diversas misiones oficiales. Roca, durante su segunda presidencia, lo nombró ministro plenipotenciario argentino ante las cortes de Alemania, Austria y Rusia, cargo al que renunció en 1902. En 1894 publicó *Retratos y Recuerdos*, con prólogo de Roca; *Rozas. Ensayo histórico-psicológico*, en 1896; *En visperas*, en 1903; *Mis memorias. Infancia-Adolescencia*, en 1904; y *Un país sin ciudadanos* en 1908.

Instalado definitivamente en París desde 1896 junto a su segunda esposa, Mónica Torromé, viuda de Huergo, a quien doblaba en edad (Catalina había muerto en 1895), no desdenaba mostrar con aire despreocupado y socarrón los lujosos adornos con que complementaba sus abrigos y levitas. Incluso, ya entrado en años, comenzó a usar un vistoso monóculo. En la Ciudad Luz asombraba por los colores hartos juveniles de su vestimenta. Se sentía “más allá del bien y del mal”, y tanto se asomaba a la puerta con un mameluco rojo que usaba en su casa para escribir cómodo, como se mostraba con su traje de general de división argentino, tan similar al de los franceses, y dejaba chicos a sus colegas galos con su arrogancia y su apostura de criollo viejo.

La noticia de su muerte repercutió en todo el país y en las naciones con las que había estado vinculado. Fue repatriado con honores, como correspondía a un argentino que, más allá de sus humanas fallas y contradicciones, se había entregado constante y apasionadamente al servicio de su patria.